

---

Irene Fernández Molina

**“S’opposer au Maghreb” [dossier de recherche], L’Année du Maghreb 2009**

Thierry Desrues y Miguel Hernando de Larramendi (dirs.). París: CNRS, 2010, 215 pp.

A punto de concluir la primera década del siglo XXI, los regímenes establecidos en los tres Estados del Magreb central —Marruecos, Argelia y Túnez— parecen instalados en una placidez política duradera, tan sólo perturbada ocasionalmente por atentados terroristas, catástrofes naturales o actos individuales y episódicos de disidencia. Al menos, no se ven acechados por dificultades o amenazas que no puedan amansar, gestionar e incluso, a la postre, canalizar en beneficio propio. El autoritarismo goza de buena salud por estos lares, sí, contra todos los pronósticos más o menos bienintencionados de la década pasada. ¿Quién cuestiona o impugna entonces el actual estado de cosas? ¿Quién se opone ya sea a los regímenes en su globalidad, a los grupos que detentan el poder o a algunas de las políticas concretas que éstos ponen en marcha?

Rastrear lo que hay —o lo que queda— de oposición en el Magreb es el propósito del *dossier* de investigación monográfico del anuario *L’Année du Maghreb 2009*, dirigido por Thierry Desrues y Miguel Hernando de Larramendi, científico titular del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en el Instituto de Estudios Sociales Avanzados (IESA) de Córdoba (España) y profesor titular de Historia del Mundo Árabe de la Universidad de Castilla-La Mancha, respectivamente. Más que realizar una cartografía exhaustiva de los actores susceptibles de ser incluidos en esta incierta categoría, esta compilación de artículos busca identificar y localizar, como un radar, aquello que más se mueve en la escena política de estos países, aunque sea entre bambalinas: nuevas tendencias, fuerzas emergentes, atisbos de cambio en acto o en potencia. Sus hallazgos han resultado ser mucho más sustanciosos en los márgenes de la política institucionalizada que dentro de una *escena*

*oficial* en la que campan unos partidos acartonados, acomodados en su posición subalterna con respecto al poder e incapaces de constituir una alternativa viable.

La primera virtud de este trabajo colectivo es que asume de entrada el saludable cambio de óptica que está teniendo lugar en los últimos años en buena parte de los análisis sobre los países esta región: de la presunción (casi teleológica) de la inminencia de transiciones democráticas a un estudio más desprejuiciado de las múltiples dinámicas políticas presentes en contextos autoritarios, cualesquiera que sean su sentido y sus resultados, y las reformas que permiten a los propios regímenes adaptarse al medio y asegurar su supervivencia. A esto se añade la audacia de abordar un tema poco frecuente en la literatura académica sobre la misma área geográfica, tanto desde el punto de vista nacional como desde el del comparado. Abderrahim El Maslouhi explica en su capítulo que a la categoría de “oposición política” le ha costado echar raíces como variable analítica en los países del Magreb debido a los reflejos *unanimistas* y la inclinación al monolitismo que denota el comportamiento de sus dirigentes desde la descolonización. Según Desrues y Hernando de Larramendi, “el principio de unidad que rige la concepción orgánica de la comunidad política, encarnado principalmente por el jefe, significa excluir al contestatario de la comunidad nacional”.

Más allá de esto, estamos ante un objeto de estudio ambiguo y escurridizo por varias razones: por la polisemia intrínseca del concepto y la dificultad de categorizarlo (la oposición puede ser al Estado, al régimen, al líder o a determinadas políticas, según la clasificación de Jean Leca citada en la introducción); por su carácter contingente y su geometría variable a lo largo del tiempo (un mismo actor puede actuar como oposición o no dependiendo del momento y las circunstancias, he ahí la “flexibilidad posicional” o “multiposicionalidad” de la que habla El Maslouhi); por la pluralidad de actores a los que puede atribuirse la etiqueta (partidos o *protopartidos* políticos, sindicatos, asociaciones reivindicativas [*de plaidoyer*], movimientos sociales, medios de comunicación, individuos); y por la dependencia, a la hora de hacerlo, de las autorrepresentaciones y discursos de esos mismos actores, que pueden dar lugar a equívocos juegos de espejos.

Por si esto fuera poco, en el terreno movedizo de las percepciones y las representaciones no sólo entra en juego el interés de los distintos actores por presentarse o no como oposición. También conviene tener en cuenta, como muestran varios de los artículos incluidos en este volumen, las funciones que algunos de ellos pueden desempeñar, voluntaria o involuntariamente, al servicio de los designios de unos regímenes versados en manipulación e ilusionismo. Partidos consolidados y con rancios credenciales opositores, formaciones izquierdistas más o menos marginales —como las analizadas por Michael Béchir Ayari en el caso tunecino—, u organizaciones de la sociedad civil políticamente beligerantes, ninguno está libre de las consecuencias de funcionar en un marco político y legal autoritario que tan sólo permite una autonomía restringida; ninguno escapa a los intentos de instrumentalización por parte del poder central. La buena reputación *democrática* del país en el extranjero y la contención de los movimientos islamistas emergentes han sido dos objetivos prioritarios en este sentido.

En este *dossier* no se señala qué actores encarnan hoy por hoy la verdadera oposición a los regímenes magrebíes o llevan al menos la voz cantante, pero sí que queda claro quiénes no lo hacen: los partidos políticos. Louisa Dris-Aït-Hamadouche y Yahia H. Zoubir los describen, en el caso argelino, como unas organizaciones sumidas en el descrédito, incapaces de movilizar al electorado y preocupadas únicamente por conseguir una parcela de poder, aunque sea a costa de contemporizar con el régimen. La inoperancia de los que en teoría deberían ser los mediadores legitimados entre el Gobierno y la sociedad explica que el interés de muchos observadores de estos países se haya desplazado hacia formas de acción colectiva, protesta y movilización social que trascienden, al menos en parte, la escena política institucionalizada.

El Maslouhi realiza una sugerente reflexión sobre el paradigmático viaje de la Unión Socialista de Fuerzas Populares (USFP) marroquí desde la oposición (primero subversiva, luego institucional) hasta el regazo —y el seguidismo— de la monarquía, que en los últimos años le ha valido una aguda crisis de identidad y sucesivos varapalos electorales. Más allá de la retórica del consenso y el compromiso con la “transición democrática”, las claves de esta evolución se hallan en las “racionalidades subjetivas” de los dirigentes de la formación (vistas en clave sociológica), los beneficios recíprocos de su alianza con el régimen y la delicuescencia ideológica que aqueja a la izquierda a nivel mundial. Entreveradas en su particular narración-interpretación de la historia de este partido (y sus antecesores) en los últimos cincuenta años, este artículo ofrece además algunas pistas teóricas que pueden servir de referencia para futuras investigaciones. Sin embargo, como reconoce el mismo autor, los puntos de observación más prometedores a la hora de buscar “oposiciones” en el Magreb actual son los que tienen que ver con la acción colectiva menos institucionalizada, las protestas y los movimientos sociales. Éste es el enfoque y la escala que comparten los trabajos más empíricos incluidos en esta compilación, elaborados a partir de la observación sobre el terreno y entrevistas con los actores protagonistas.

Didier Le Saout y Amrouche Nassim examinan dos manifestaciones particulares de la tendencia actual a la reafirmación y politización de la identidad etnolingüística amazig, presente en distintas regiones del Magreb. El primero aborda el surgimiento y la evolución de un sector específico del movimiento amazig de Marruecos que ha adoptado un registro singularmente radical en sus acciones y reivindicaciones: el integrado por los militantes —sobre todo estudiantes— originarios del sudeste del Atlas Medio. Tras repasar sus estructuras de movilización (organizaciones) y repertorios de acción colectiva (bloqueo de carreteras, boicot electoral), este autor dedica una especial atención a los discursos y el componente *identitario* de las protestas.

Precisamente ése es el ángulo de análisis elegido por Nassim en su intento de explicar las mutaciones de la vieja “oposición bereberista” de la Cabilia argelina que subyacen tras los violentos disturbios del verano de 2001. Y es que ambos movimientos presentan interesantes analogías pese a la distancia geográfica. Primero, su estrategia de retraditionalización o, más propiamente, el recurso a lo que Eric Hobsbawm (1984) denominaría “tradiciones inventadas” (desempolvadas a voluntad y readaptadas a las necesidades políticas

del momento), que se extraen del repertorio tribal de cada zona con el fin de apuntalar la comunidad imaginaria. Segundo, la utilización también selectiva de hechos y mitos históricos locales para, entre otras cosas, establecer una continuidad entre la lucha actual y las guerras anticoloniales de las que aún procede buena parte de la legitimidad de sus respectivos Estados nacionales. Y, por último, la tensión permanente entre las identificaciones globales y locales, entre una definición supraestatal de la *amaziguidad* que engloba todo el norte de África —la mítica Tamazgha— y la tendencia a la diferenciación sobre una base cada vez más local (la primera parece prevalecer en el caso cabilio y la segunda en el de Marruecos).

La cuestión de la identidad es también crucial en los dos artículos relacionados con el Sáhara Occidental, donde, no en vano, se entrecruza con las coordenadas estratégicas de un conflicto internacional aún no resuelto. Dentro del territorio bajo control marroquí, Victoria Veguilla analiza las transformaciones que ha experimentado en la última década el espacio de la protesta de la ciudad de Dajla. La observación de dos episodios sucesivos de contestación y de la trayectoria paradigmática de un militante le permite cuestionar la distinción neta entre reivindicaciones socioeconómicas y “políticas” (léase independentistas) que han establecido y difunden las autoridades marroquíes (cada vez más tolerantes con las primeras siempre y cuando se presenten pulcramente despolitizadas). Para esta autora, lo *identitario* penetra la totalidad de los procesos sociopolíticos que se producen en esta ciudad, ya que, entre otras cosas, los propios actores no dudan en utilizarlo como recurso para alcanzar sus objetivos.

Tampoco los saharauis independentistas refugiados en los campos de Tinduf (Argelia) son la comunidad detenida en el tiempo y políticamente congelada que a veces se presenta. Frente al unanimismo oficial, Carmen Gómez Martín y Cédric Omet siguen la pista de algunas organizaciones de jóvenes saharauis que actualmente cuestionan la gestión del conflicto por parte del Frente Polisario, aunque sin oponerse a él abiertamente (“disidencias no disidentes”), y enarbolan incluso el discurso del “retorno a las armas”. Lo hacen tanto en los campos de refugiados como en la emigración en Europa —sobre todo España—, que sus dirigentes permitieron precisamente como válvula de escape de la frustración provocada por las desigualdades sociales y la eternización de las negociaciones. El único problema de este trabajo es que asume una correspondencia entre las movilizaciones de los jóvenes saharauis en los “tres espacios” —los campos de refugiados, la diáspora y los “territorios ocupados”— que no quizá debería darse por sentada (habría que preguntarse también por las divergencias).

El terreno de la *sociedad civil*, por otra parte, es el más propicio para observar las consecuencias de la autonomía restringida de los actores políticos potencialmente opositores y la permanente voluntad de los regímenes de mantenerlos a su servicio. En el caso de Argelia, como explica Laurence Thieux, la mayor parte de las asociaciones trabajan en el ámbito social, cultural o medioambiental, donde no hacen sino prolongar y reforzar la acción del Estado; mientras que las que actúan en terrenos políticamente sensibles —derechos humanos, lucha contra la corrupción, movimiento bereber— son minoría. Además de

este papel vicario, también ha sido constante a lo largo de las últimas décadas la instrumentalización de estas organizaciones por parte del poder, con objetivos cambiantes: la liberalización económica y política en los años ochenta, la lucha contra la amenaza islamista en los noventa, la “reconciliación nacional” a partir de 2000. En el país vecino, la Liga Tunecina de Derechos Humanos (LTDH) ha atravesado vicisitudes similares. Larbi Chouikha y Eric Gobe describen las razones de sus vaivenes, desde los años setenta, entre la oposición más firme y el compromiso con un régimen que la coarta y reprime tanto como la necesita (para su legitimación internacional sobre todo).

No extraña, en definitiva, que más que hablar de la actividad o la influencia de las distintas fuerzas de oposición, más que medir sus respectivas capacidades y opciones de alcanzar el poder, la mayoría de los artículos recogidos en este *dossier* traten sobre todo de las dificultades de su existencia y acaben por levantar acta de su impotencia. Si alguna vez estuvo sembrado de minas, el del Magreb actual es, como repiten varios de los autores, un campo político desactivado en el que, una tras otra, todas las supuestas amenazas terminan revelándose inocuas para la supervivencia de los regímenes. El desfile de actores políticos rendidos o inermes al que asistimos en estas páginas no resulta precisamente esperanzador, pero constituye un paso obligado para comprender la realidad política presente de los países de esta región.

### *Referencias*

Hobsbawm, Eric. 1984. “Introduction: Inventing Traditions”, en Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.